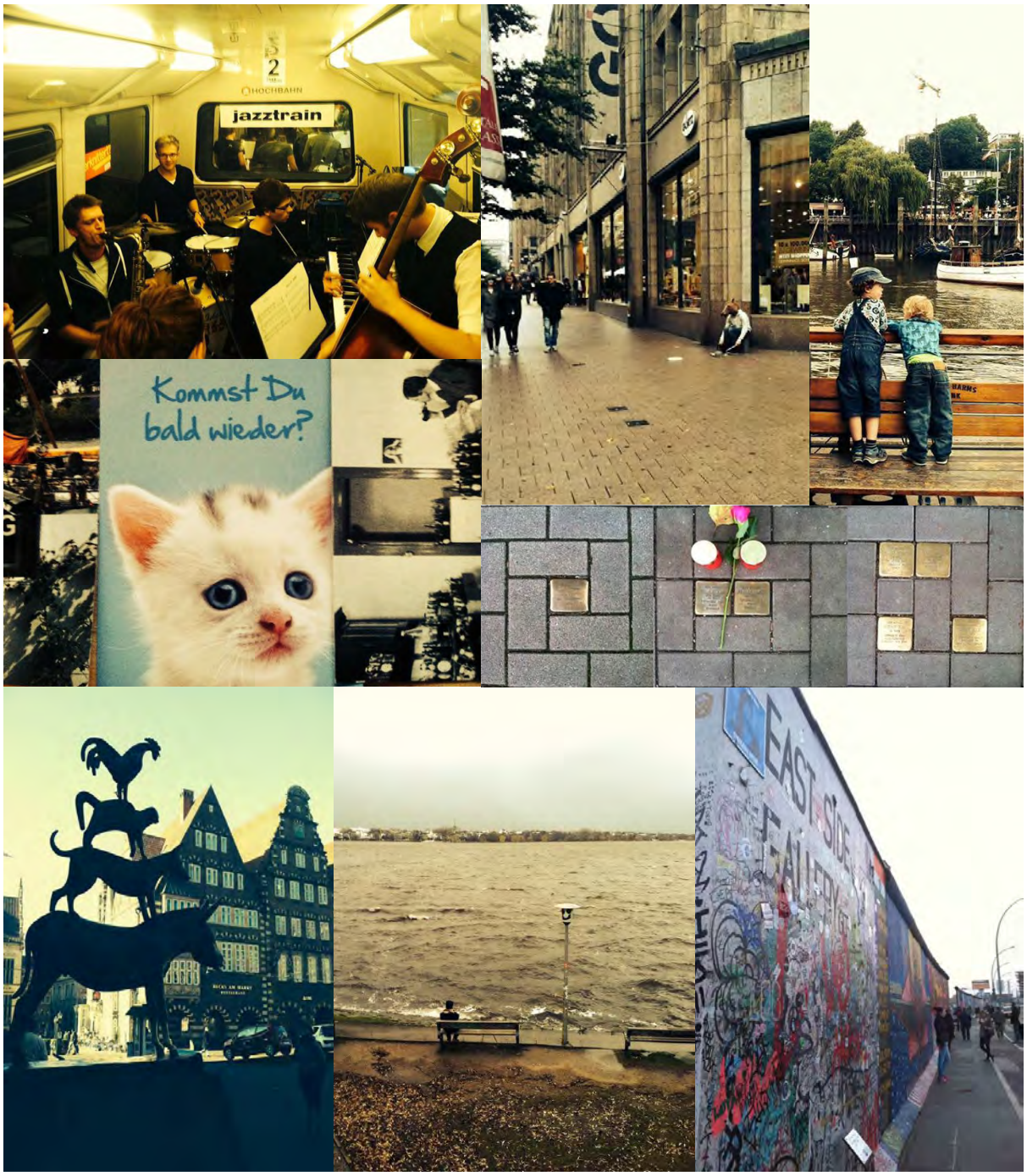
Las crónicas de Luis Miguel Varela en Alemania



Notas culturales de un colombiano en Alemania

„La crónica de Luis“ memorias del intercambio 2013-2014

Publicado por:	DAAD Colombia Centro de Información Cra. 11#93-52
Textos:	Luis Miguel Varela
Fotos:	Luis Miguel Varela
Edición:	Angélica Hernández Barajas
Recopilación y montaje:	Vanessa Albrich y Julius Heise

Notas culturales de un colombiano en Alemania: Primera nota
Heath–Massachusetts, Estados Unidos, 24 de septiembre de 2013 – ¡desde Estados Unidos!

La Stealth Cam me sorprendió, como a los venados, mientras iba a cortar madera para el invierno que se aproxima en Heath, Massachusetts.

Me llamo Luis Miguel Varela y desde ahora escribiré, cada mes, el Blog Notas culturales de un colombiano en Alemania. Ustedes, queridos lectores, encontrarán en mi Blog breves relatos sobre mi estadía en Alemania. Pero no les escribiré un diario como el de Lina María. En mi Blog podrán leer historias que construiré desde la calle, desde la cultura y el arte, a partir de lo que viva en Alemania.

Pero para que sepan algo de este colombiano que les escribirá mensualmente el Blog cultural, les cuento que nací en Cali en 1987. Viví mi infancia entre los barrios el Guabal y Salomia. Comencé mis estudios en la Escuela La Presentación (¡para colmo mío que sufro con las presentaciones!). Estudié Comunicación Social y Periodismo en la Universidad del Valle. Viajé a Bogotá para hacer la Maestría en Escrituras Creativas en la Universidad Nacional de Colombia. Hace un mes y medio dejé mi país y me estoy despidiendo de mis amistades y familiares, pero aún no he llegado a Hamburg en Alemania, que es finalmente mi destino. Ahora estoy en Heath, Massachusetts, en Estados Unidos. Cortando madera para el invierno —y por supuesto, despidiéndome todavía—. Copiando en mis manos el peso de los troncos. Viendo en Googlemaps el apartamento que ya arrendé en Alemania, caminando virtualmente por las cuadras aledañas, adivinando mis vecinos. Acá en Heath se están preparando para lo que viene, ¡y yo también!

Por lo general, tengo problemas para presentarme. Me han atacado hipos eufóricos y gallos trasnochados cuando digo mi nombre (o me ataca la disfonía,que es como la llaman técnicamente) o hablo de lo que hago, en situaciones en las que es necesario, por no decir obligatorio, presentarse. Por ejemplo, ¡en la Embajada Alemana en Bogotá! Ese día que me presenté para solicitar mi visa sentí que el viaje ya estaba comenzando, o por lo menos para mi pasaporte, que podría ir primero que yo a Hamburg. Debido a los trámites legales para la obtención de la Visa, el pasaporte tiene que ir —si todos los documentos están correctamente diligenciados y aprobados por la Embajada Alemana en Bogotá— a Alemania. En la Embajada mi turno fue el número 24, a las 9 de la mañana. Todos los que estábamos solicitando visa teníamos los tics nerviosos más tiernos (subirse y bajarse las medias, sobarse las orejas), y las sonrisas más miedosas (miles de gatos de "Alicia en el país de las maravillas" estábamos esperando el turno). Recuerdo a un chico que revisaba sus papeles una y otra vez, una y otra vez. De repente salió corriendo. Seguro algo se le olvidó...

— ¿Luis Miguel Varela?, me preguntaron desde la ventanilla.
— Sí, soy yo —y mi garganta comenzó a amanecer—.
— Acérquese un poco más al micrófono, joven.

Me agaché tanto que tuve que poner mis manos en el cubículo para sostenerme. De lejos, este acto tuvo que verse como juegos coquetos de una pareja enamorada.

— ¿Qué hace?
— Soy estudiante —en esa época seguía estudiando mi Maestría en Escrituras Creativas en la Universidad Nacional de Colombia—.
—¿Qué va a hacer en Alemania?
— Un Doctorado sobre el "Héroe Alegórico en la Poesía de Fabián Casas". Voy a seguir estudiando, dije, resumiendo y susurrando.

Pero ahora me imagino qué hubiera pasado, si aquella voz del otro lado de la ventanilla me hubiera preguntado por mi blog: ¿Y qué va a pasar en tu blog del DAAD? El gallo habría cantado tres veces y Pedro habría negado otras tres veces más, con hipo.

Pronto será mi viaje a Hamburg, y con esto empezaré la escritura de esas Notas culturales de un colombiano en Alemania…

Notas culturales de un colombiano en Alemania: Segunda nota
14 de octubre de 2013 – Certezas

El caballo baterista en la Domstrasse: El hombre sueña que es un hombre. El caballo sueña que es un caballo. No van a estar de acuerdo nunca.

Los breves cursos de alemán, los Hörbücher y Rammstein funcionaron a la perfección. Algunas palabras las pudimos pescar, y había una pequeña alegría entre todos cuando eso sucedía (¡Kuchen, ja, Kuchen!), pero el entusiasmo no duraba mucho. Al final, no entendíamos nada, ni él, ni Marina, ni yo, pero llegamos al tácito acuerdo de que él tenía que hablar —era su deber como encargado del edificio— y yo asentir como lo hacen los perros de plástico en los taxis. Marina estaba a mi lado, cazando las notas del pentagrama que el encargado dirigía con su diestra mano. La sonrisa del ignorante que quiere aprender, el silencio respetuoso (y no por eso menos ignorante) de Marina y el rap en alemán conformaron el primer peso de nuestro apartamento vacío en Hamburg, Alemania.

El encargado nos llevó por el jardín comunitario, los corredores y el ascensor. Todo estaba diseñado para que las personas de la tercera edad pudieran estar a sus anchas. La puerta principal no había que empujarla, se abre usando la misma llave que abre la puerta del jardín comunitario y se cierra sola después de unos minutos. Poco a poco, como empiezan a explotar las crispetas, comenzaron a aparecer viejitos y viejitas por todos los bandos. "¿Tan rápido llegué a un ancianato?" le pregunté a Marina en nuestra complicidad macabra del español. El encargado asintió, pensando que estaba hablando de las instrucciones para usar el cuarto de las lavadoras. Marina me pegó un codazo y sonrió. Pero realmente sí era un lugar para la tercera edad. Lo supimos por las propagandas que estaban acumuladas en el piso, cerca de la puerta principal. Indicaban las tres comidas que podrían tener mensualmente los abuelitos. Además, en todas las publicidades, había fotos dulces de mayores atléticos en campos abiertos, trotando o abrazando a su amada mientras el plato se enfriaba.

Después (a los tres días), mientras buscaba mi buzón de correos —esperando unos documentos que aún no han llegado—, una señora se acercó y me preguntó si yo vivía aquí, pues ella pensaba que el edificio sólo era para personas mayores. Claro, nos comunicamos en un inglés bastante pobre, con señas y muchos silencios. Como todos, la señora siguió su camino y yo permanecía ahí, sentado frente a la puerta principal, viendo cómo entraban y salían las personas —que insistían en hablar conmigo hasta que mi cara de perdido no podía más—.

Escuchando los cuervos y los silencios del kínder, esperaba. En mi cuadra sólo se oyen los cuervos cuando los niños no están. En las mañanas se pueden percibir las voces de los niños y sus padres. El paisaje sonoro se completa con el pedaleo de las bicicletas. Acá en Hamburg hay que cuidarse más de las bicicletas que de los carros. El andén, por más pequeño que sea, tiene espacio —y está marcado en rojo ladrillo— para los ciclistas…

Árbol ortopédico en la Gänsemarkt: no hay forma de que un árbol se tuerza acá en Alemania.

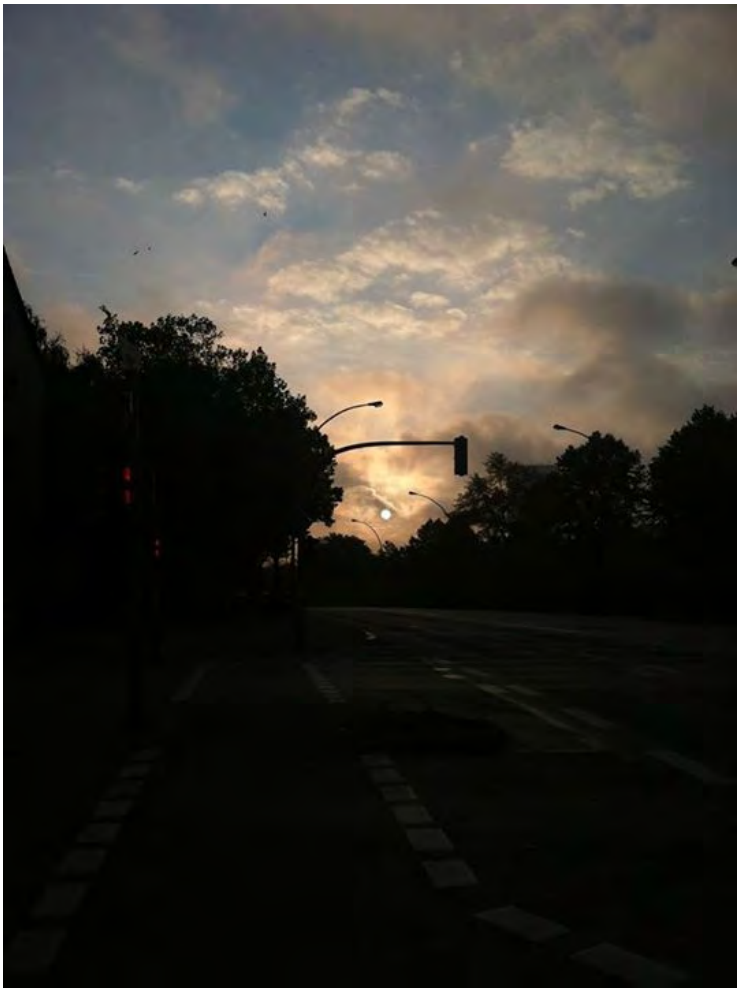
Cuando el encargado nos dejó solos en nuestro apartamento, quisimos conectar nuestros computadores y celulares para ir a la búsqueda de redes de Internet abiertas. Me agaché y el adaptador no encajaba, de ninguna manera, en el enchufe. Había una incompatibilidad entre mi adaptador colombiano y el enchufe alemán. Marina me miraba como quien observa a un cuervo tratar de ensartar un aro en un palito. El cuervo sí lo hubiera podido hacer, yo no. Había quedado claro que nuestros adaptadores no iban a funcionar en los enchufes alemanes. Nuestra primera salida, en nuestro primer día, fue para buscar por todo el barrio un adaptador. Hay muchos árboles: algunos sin hojas, otros color otoño. Las casas son antiguas y conservadas. Y desde donde esté (este es mi punto de referencia para no perderme) se puede ver La Torre de Televisión de Hamburg, que es como una ficha de juguete olvidada por algún niño gigante.

— Do you speak english?, pregunté al joven del almacén.
— A little bit, respondió con acento turco.
— Me too, dije.
— Perfecto, dijo Marina.
— Ah, español… poco español, también. ¿Colombiano?, preguntó.

Yo seguía con mi tic de zarandear el cuello como lo hacen los perros de plástico de los taxis. Algo no estaba bien: el joven turco comenzó a mover sus caderas y rogué para que él no estuviera haciendo lo que estaba haciendo, y me preparé.

— Shakira, Shakira, cantaba el joven turco.
— She is a really good poet, too, dije.
— ¡Of course!, respondió.

Marina nos rescató del tedio y preguntó por lo necesario. El joven sacó un repertorio de adaptadores, pero ninguno funcionaba. Él insistía en que tenía uno que nos podía servir, pero nada funcionó.



El sol sobre la Grindelalle.

Salimos a la calle, sabiendo que no íbamos a buscar más. Seguro habrán cafés Internet, pensamos. Pero eso no fue posible. Cada vez que preguntábamos (en inglés) las personas se tocaban la cabeza y pensaban largo tiempo. Nein, nein, nein. Era como si les estuviéramos preguntando dónde podíamos comprar beepers.

Por fortuna, finalmente encontramos un pequeño pero luminoso letrero: Internet. Estaba en un casino. El camino era un alfombra roja que cambiaba de color según la pantalla de los juegos. Como pudimos (la dueña no hablaba ni inglés ni español ni tampoco le gustaba Shakira) cambiamos el billete de 5 euros. Como los juegos, el computador también tenía monedero. 1 euro, una hora. Ahí se fue nuestro primer Euro. Introducimos la moneda y comenzó el juego. De repente, nuestros mensajes a los familiares estaban llenos de errores. Hola, madre. Estoz za en Hamburgo. Za llegamos. El teclado alemán tiene la "Z" donde debería ir la "Y", y la "Y" donde debería ir la "Z". Ahora, justamente, estoy escribiendo en el mismo teclado, en el mismo casino. Suena un celular. Bach como ringtone sigue siendo Bach. Es más lento escribir así, y cuesta mucho más (aún sigo pensando en los pesos que cambié a Euros: no valemos nada). Por eso me apuro en terminar este relato, y no me distraigo más con los bostezos de los jugadores, ni los ringtones de los celulares, ni con el helado que se le cayó a la niña en la calle, ni con la señora que pasea a sus perros en un coche para bebés. La verdad quería escribirles un relato sobre un hombre con cabeza de caballo que sale a tocar batería en el centro de Hamburg. Un inmigrante que se siente absolutamente perdido —y, además, diferente—, que no entiende nada más allá de los golpes de su batería. Pero el tiempo se acabó (el taxímetro del internet está llegando a cero), y pudo más la urgencia de los primeros días en Hamburg que el relato de un hombre con cabeza de caballo. Esta historia se las contaré en mi siguiente nota. La escribiré en mi teclado, desde nuestro apartamento y con la melodía de los cuervos y los niños sobre mis hombros.

Nuestro apartamento es como una caja de fósforos. Así lo hemos llamado Marina y yo. Es pequeño, pero basta para incendiar el mundo. Por ahora estamos acampando en el apartamento. Dormimos en sleepings bags — parecemos dos gusanos reposando—. Nuestro cuchillo es la navaja suiza. Hacemos té de mango en una chocolatera antes de acostarnos. Hay algo importante, mientras vamos adquiriendo las cosas (platos, cucharas, sábanas, almohadas, cobijas y demás): tengo la seguridad de que no amaneceré —como Gregorio Samsa— convertido en una cucaracha, sino en un gusano perezoso.

Notas culturales de un colombiano en Alemania: Episodio 3 - Alarmas
Noviembre de 2013 – Certezas

La alarma contra incendios ya había sonado semanas atrás. La primera vez fue un simulacro advertido en una carta. No es necesario saber alemán para entender los peligros, funcionan en cualquier idioma. Feuer: fuego. Kollaps: derrumbe. Marina salió del apartamento con la calma de quien camina sobre vidrios quebrados. Ella estaba elegante para el simulacro: bufanda estampada, gorro crochet, guantes verdes y slippers. Yo lo había olvidado y estaba ocupado pensando en qué hacer con la historia del hombre con cabezade caballo que había mencionado en mi nota anterior. Entonces, salí en pantalonera y descalzo, confundido por el escándalo.

En el antejardín sólo estábamos nosotros dos. Fui al andén para ver si los viejitos del edificio estaban saliendo también, y no. Son conocedores del pánico. Volví al antejardín y ya empezaba a darme cuenta de mi error: el frío no me dejaba ni respirar. Mientras tiritaba esto fue lo que vi: la vecina salió de su apartamento corriendo, dejó su puerta abierta y se lanzó hacia nosotros afanada. Sentía culpa porque había dejado quemar la leche para el café y no sabía a quién llamar para que apagara la alarma.

—The fireman is coming— dije.
— Miguel…— dijo Marina, negando con la cabeza y mirándome seria— ¿Did you read the letter?— dijo dirigiéndose a la vecina.
— Nein— contestó; no solamente se le salió el idioma materno, sino el mal genio.

A ella la conocimos porque tocamos su puerta para saludar (en aquella oportunidad le dije que era importante conocernos, porque hay que saber a quién rescatar en caso de emergencia). También, porque el delirio de no tener Internet, en aquellas semanas, nos llevó a preguntarle si ella tenía, si podíamos compartirlo, si nos prestaba su clave un momento —le ofrecimos que si quería le dábamos nuestros computadores para que pusiera la clave, así nosotros no las abríamos—. Ella no tenía Internet tampoco, pero sí la misma desesperación que nosotros.

Finalmente llegó el encargado del edificio y apagó la alarma.

Piedras conmemorativas de Gunter Demnig.

Volví a mi hombre con cabeza de caballo. Él no sabía que las placas —tan familiares y a la vez extrañas, como el dolor o la pena ajena—fueron puestas por el artista alemán Gunter Demnig para conmemorar a las personas —no a grupos de víctimas— que deportó y asesinó el régimen nacionalsocialista. Cada vez que pasaba por encima de alguna, el hombre con cabeza de caballo se agachaba y veía el nombre de alguien desconocido.

Demnig averiguó las reseñas biográficas de los perseguidos y las direcciones de la última morada, y justo ahí puso la placa. Delante del edificio, de la casa, del antejardín, del parque, del restaurante, de la discoteca, dellote vacío el artista colocó un bloque de hormigón de diez centímetros cuadrados, en cuya cara superior se encuentra una placa de latón con el nombre, el año de nacimiento y una referencia sobre la deportación. El hombre con cabeza de caballo no sabía esto. Sin embargo, ¿cómo explicar la familiaridad que éste sentía por esas placas? ¿Por qué muchos en su país han desaparecido o se han ido?

Lo que sí entendió el hombre con cabeza de caballo fue que eran nombresde personas que ya no estaban; que el horror había comenzado ahí, justo donde estaban las placas. Caminaba y pensaba "el horror comenzó en las casas". Frente a la puerta del consultorio médico sintió, una vez más, que necesitaba ayuda, alguien que le facilitara entender quién es él, por qué es como es. ¿Todo caballo necesita un jinete?

— ¿Me dice que suda y ríe como un caballo?— le pregunta el médico.
— No, le estoy diciendo que soy un caballo.
El doctor Hemberg soltó una carcajada. No pudo disimular lo ridículo de tal afirmación.

— Disculpe, ¿de dónde es usted?— dice el doctor.
— El país se acabó hace tiempo— responde el hombre con cabeza de caballo.
— Eso no habla bien de usted… En fin. ¿Cómo duerme?
— Siempre hay una luz prendida…

Planten und Blomen en la noche.

Tres días después del simulacro volvió a sonar la alarma. Eran las8 de la mañana. Salimos al mismo tiempo que los viejitos del edificio. Como vanllegando las hormigas por el dulce caído, nos íbamos acumulando todos afuera. Vino la policía y por supuesto los bomberos. Un chico estaba untándose crema deafeitar cuando empezó el escándalo. Una señora salió en toalla. Una joven embarazada y su esposo huían con dos gatos (cada uno en su transportín). No me quiero imaginar cómo pudieron meter a cada gato en su transportín mientras pensaban que a alguien se le estaba quemando el apartamento. Pasamos tiempo en la acera. Los bomberos subían y bajaban las escaleras; entraban por un lado y salían por el opuesto, pero no encontraban dónde era el problema. Al final, una señora muy bien vestida y peinada dijo que se le estaba quemando el pan, que no era nada más, que no había salido antes porque necesitaba bañarse para empezar el día. Un vecino amable y paciente nos tradujo todo.

Río Elbe y las tribulaciones del hombre con cabeza de caballo: qué bonito es ese humo que se acaba tan rápido, y qué aburridas se vuelven las nubes.

Retomé a mi hombre con cabeza de caballo (empecé a sospechar que cada vez que continuaba con la historia de él sonaba la alarma). Esta vez él estaba llevando su ropa al cuarto de las lavadoras. Tomó el ascensor y presionó el botón -1. No se percató del nombre de la empresa de ascensores. Se llamaba Schindler. Oskar Schindler fue un negociante que salvó a unos 1.200 judíos del holocausto nazi, contratándolos en su fábrica de artículos para la Wehrmacht, ubicada en Polonia. El ascensor, entonces, tenía nombre de salvación. El hombre con cabeza de caballo traía la ropa sucia en la maleta. Sentado, viendo la tubería que reptaba por el techo y escuchando el agua y el motor de la lavadora, pensó en el horror. El horror de no tener una vida clara, el horror de no hacer nada. Su historia no avanza, su vida no avanza. ¿Qué hace que una vida funcione? ¿En qué momento se dieron cuenta los Dinosaurios que las cosas iban mal? Con la ropa limpia y seca vuelve al apartamento; desde la ventana observa cómo ponen velas en las placas conmemorativas. Es 9 de noviembre, es la Noche de los Cristales Rotos. La alarma contra incendios comienza a sonar otra vez, y no sé si es para el hombre con cabeza de caballo o algo exclusivo para mí.

Notas culturales de un colombiano en Alemania: Episodio 4
13 de Diciembre de 2013 – Orkan Xaver kommt!

No pude dormir después de que Marina me dijo, entre bostezos, que un huracán pasará por Hamburg. "¿Cómo así?", le pregunté. Pero ella ya estaba dormida y por ende se había robado mi almohada, y parte de mi cobija. "¿Cómo puede dormir sabiendo que va a ocurrir un huracán?", pensaba, mirando la montaña oscura en la que se había convertido. Me levanté y prendí el computador para leer los pronósticos meteorológicos (en mi vida lo había hecho; lo único que miraba fervorosamente era los meteorólogos de los canales nacionales colombianos, haciendo esgrima con la naturaleza del trópico). "El cielo azul se tornará negro", leí. "Vientos de más de 140 kilómetros por hora". "Orkan Xaver kommt!" Pensé en los nombres de los huracanes, en los empleados que trabajan para ello, en conseguir un trabajo bautizando huracanes.

Tomé una de las postales que había comprado para dar noticias de mi paradero, y escribí:
Saldré mañana a contemplar mi primer huracán, te cuento luego, amá.

Él no está solo. Lo acompaña un poste de luz (grafiteado con una carita feliz), el río Elbe y al fondo, como de perfil, el huracán Xaver.

La postal en la que escribí tenía la imagen de un alemán (supongo) tomando cerveza, rodeado de miles de botellas de miles de diferentes tipos de cerveza. El sujeto se estaba emborrachando leyendo el periódico "Die Zeit". Fabuloso. Qué difícil es escoger una postal, aun más escribir un mensaje al respaldo. El espacio en blanco para escribir es pequeño, lo que obliga a la síntesis o al aforismo. En cinco líneas describa su viaje y sus debidas percepciones o necesidades —problemas insípidos que se inventa uno—. Estuve un día recorriendo las librerías de mi barrio (¡hay cuatro!) buscando postales: el Alster desde todos los ángulos posibles, La Reeperbahn y sus sex shops, Planten un Blomen, la Iglesia de San Miguel, el Monumento a Otto von Bismarck. También era posible encontrarse con el perro más flaco de Alemania o el Currywurst más grande del mundo. Estaban las postales convencionales de lugares conocidos en Hamburg y las bizarras de monjas alzándose la bata. Yo preferiría la segunda opción. Sin embargo, se elige pensando en la persona a quien va dirigida la postal.

Tres postales y un "¿vas a venir pronto?".

Volví a la cama con la seguridad de que estaba feliz. Convengamos en que está mal sentir felicidad por un huracán, en que muchas personas han muerto o se han quedado sin nada debido a los desastres naturales —que en Colombia es lo mismo, la gente sin nada se vuelve invisible—. Pero temer por un desastre natural era algo diferente a mis habituales miedos: ¿Aquellos dos insomnes caminantes me van arobar? ¿Este amable taxista me va a hacer el paseo millonario? El miedo ahora consistía en la naturaleza. No en la naturaleza innata de sobrevivencia (tan tristemente evolucionada y justificada) sino en la fuerza devastadora del viento. Era atribuirle mis temores al huracán, no responsabilizar a los hombres ni a las mujeres por mis inseguridades.

Lo primero que hice al despertar fue ver la ventana. No estaba azul como decía el pronóstico meteorológico ni había vientos de 140 kilómetros por hora. Confieso que me desanimé, y le dije a Marina que todo estaba normal, y ella me respondió como Selina Kyle (Catwoman) en El caballero de la noche asciende: "The storm is coming". "Murió Mandela", dije.

Salí a la calle para enviar mis postales, pensando en Mandela y esperando el huracán Xaver. A las personas en los andenes parecía no importarles lo que iba a pasar. Supuse que uno se acostumbra al miedo y a la novedad, a tal punto de que nada es miedoso, mucho menos sorprendente. La Casa del Terror podría convertirse en un chiste de tanto entrar. Ay sí, ya sé que más adelante alguien sale y me coge una pierna. Ay sí, el Diablo es un disfraz hasta aburrido. Ay, sí… ahí viene el huracán.

La rueda de la fortuna en la Jungfernstieg.

Nelson Mandela estaba en la lista de terroristas de los E.E.U.U. hasta el año 2008. Quedó libre en 1990, después de estar encerrado por 27 años. En su aldea natal, Qunu, él construyó una casa similara la residencia de los guardias de prisión del centro penitenciario Victor Verster, en la que estuvo preso. Según decía, deseaba vivir en la réplica de su cárcel, porque ya estaba familiarizado con el edificio, con lo que „no tenía que ir a tientas por la noche en busca de la cocina". Mandela navegó siempre con la vela en llamas, y perdonó. Pensaba en él cuando, caminando alrededor del río Elbe, vi a dos personas practicando windsurf. El cielo por fin se había tornado negro —y los vientos empezaban a tener poder— y estas dos personas estaban gozando de lo lindo, a sus anchas, incluso sabiendo que die Polizei gritaba desde la orilla.

Me retiré pensando que sería una buena foto de postal, y sabiendo que Xaver ya había llegado.
Antes de entregar las postales, tomé otra vez la de mi madre, taché lo que decía arriba, y escribí:
Saldré mañana a contemplar mi primer huracán, te cuento luego, amá.

No te distraigas con la imagen de la postal ni con los papelitos brillantes de los chocolates. Murió Mandela, amá, y cualquier viento dentro del pecho, hace doblar las espaldas hechas con papel para fumar.

Notas culturales de un colombiano en Alemania: Episodio 5
30 de enero de 2014 – La respuesta

Mi tren llegó tan puntual que no quise mirar por la ventana para ver a alguien corriendo tras él. Rogué para que todos hayan alcanzado a llegar. El tren se detuvo sólo cinco minutos, luego continuó la marcha (no era la primera vez que me encontraba en una situación donde la exactitud era aterradora. Cuando llegué a Hamburg tuve que registrarme en la Oficina de Empadronamiento y no les miento cuando les digo que el ascensor no tenía puerta, iban apareciendo cubículos sin detenerse en los que uno tenía que montarse; había que aguzarse, despertarse). Con un ramo de lilas y una caja de chocolate me senté en mi compartimento. Tener estos detalles en las manos despierta todo tipo de miradas que van desde la compasión hasta la tristeza, y en medio de estos dos sentimientos la burla. Lo único que sabía de Köln, ciudad a la que me dirigía, era que su Catedral guarda celosamente los restos de los Reyes Magos. También, que la Segunda Guerra Mundial devastó la ciudad, pero la Catedral se levantó sucia y digna, como quien se sacude la harina después de una mala broma. Había escuchado, además, sobre su Carnaval. El Carnaval de Colonia comienza el 11 de noviembre a las 11 horas con 11 minutos y... El número once lo asociaba con el ataque a las Torres Gemelas en New York. Ahora todo se me revolvió —las fiestas, las tragedias—, pero lo empaqué al vacío para un mejor momento.

Kölner Dom. „Der dicke Pitter", en el dialecto de Colonia: „Pedro el gordo", es la campana balanceante más grande del mundo que suena sólo en ocasiones especiales.

Yo no iba a la Catedral a ver los huesos de los Reyes Magos —reclamo magno de mi madre—, tampoco iba a gozar del Carnaval. Fui a visitar a la persona que me mostró Alemania desde youtube, que me regaló un mapa de Alemania (que pegué en la pared de mi cuarto en Bogotá como metodología neurolingüística, pero que la pared expulsaba cada vez que podía), quien me invitó a comer Rouladen preparado por su mamá que había llegado de Alemania. ¡Qué delicia de plato, qué llenura, qué amables que son las alemanas! En pocas palabras, Rouladen es un filete de carne enrollado con tocino y cebolla (puede tener también un pepinillo dentro y un poco de mostaza).

Fachadas del Centro Histórico de Köln.

Las flores y el chocolate eran para la mamá de mi amiga. El día de mi cumpleaños —el primero fuera de mi país—, ella estaba en el hospital por una operación de cadera y pensaba en qué podía darme de regalo. Así que puso a su novio a prepararme un Rouladen, y me lo envió con mi amiga.

De Hamburg a Köln hay 3 horas de viaje. Pese a ello no se dañaron las flores ni aplasté los chocolates. Estuve tan pendiente de que no se fuera a caer el detalle que no dormí, y me deleité con mis desconocidos acompañantes. Las personas duermen muy raro en un compartimento. Es evidente su incomodidad y su inquebrantable sueño. No hay diferencia entre una momia embalsamada y un viajero dormido o sí, tal vez, el revelador despertar del turista, la angustia de bajarse en el lugar equivocado, de saberse solo.

La madre de mi amiga me estaba esperando afuera, agitó sus brazos para que la viera, luego achicó los ojos y estiró un poco el cuello hacia delante para poder ver lo que yo traía en brazos como un bebé. Después de que pasó la dicha del detalle comenzó mi cuestionario. Mi alemán está reducido a preguntas. Tengo más preguntas que respuestas — pero en español también. Las preguntas se acabaron y comenzó mi monólogo sobre el Currywurst. Es lo que siempre digo en mis clases de alemán y nunca falla. Ich liebe Currywurst. Ich kann Currywurst jeden Tag essen. Currywurst es una salchicha alemana cocida (Brühwurst) o asada a laparrilla (Bratwurst). Se sirvecortada en rebanadas y salsa de tomate con curry en polvo. Se acompaña con panecillos típicos alemanes (Brötchen) o unas papas fritas —yo pido ambas cosas. Es comida que venden en puestos callejeros (Imbiss), en los mercados y las ferias. En ninguno de estos lugares —he ido a suficientes— hay asientos, sólo hay mesas altas. Es decir, se come parado. Pero no me importa. Mi inclinación hacia los embutidos no es nueva, en Cali comía salchichón cervecero con limón, jeden Tag.

Minilib, librarykiosk, Cologne – Germany (2009). Es conocida como la „pequeña caja verde“ y es considerada la biblioteca pública más pequeña del mundo. Está situada en el parque Stadtgarten. Permiten el préstamo gratuito de libros durante 2 semanas, sin que te pidan ninguna identificación ni firma. “Confiamos en que serán devueltos los libros. El sistema está basado en la confianza”, dijo la empleada y yo no hice otra cosa que dudar. “¿En serio no me vas a pedir identificación?”, le pregunté.

La madre de mi amiga es tan linda como un reguero de manzanas. Ojalá ustedes la conocieran, y no se quedaran con lo poco e insuficiente que digo acá. Aún se estaba recuperando de su operación y subió 5 pisos, cagada de la risa. Creo que en una época de la vida hay un cambio de guionista, y es ahí cuando comenzamos a ver todo con tanta gracia. Mi amiga me había dejado una nota y su madre supo inmediatamente que era para mí: estaba escrita en español. La nota era corta, lo suficiente para sentarme y saber todo lo que tenía que hacer: esperar. Volví mi mirada hacia la mesa y la madre de mi amiga ya había servido Pumpernickel (un pan negro), Mischbrot (mezcla de harinas de trigo y centeno), Mehrkornbrot (Multi-cereales)… Yo era un joven que pasaba gran parte del tiempo con mis amigos en una esquina del Guabal, en Cali, frente a la panadería. Es decir, comí mucha harina mientras me crecía el bigote, y ahora que tengo barba, además de bigote, sigo comiendo más panes y demás formas y sabores posibles. “¿Cuántas veces al día un alemán dice Brot o Brötchen?” le pregunté a la madre de mi amiga. Además de ser amable, ella tiene la paciencia de escucharme mis inútiles preguntas. Pero, ¿qué otras preguntas se hacen con un alemán A1? Es muy fácil caer en el tedio de una conversación de un hablante A1 en cualquier idioma, pero ella es linda y me escucha y, lo que es más, me responde. Seguimos hablando —ella era la que realmente lo hacía— de la Catedral, de los huesos de los Reyes Magos, de la Segunda Guerra Mundial y del Carnaval de Colonia, y de repente me preguntó: “¿Qué es lo que más te gusta de Alemania?” Sonreí, porque ya tenía la respuesta preparada hace 3 meses y un día: Die Currywurst aus Deutschland ist die beste.

Notas culturales de un colombiano en Alemania: Episodio 6
27 de marzo de 2014 – Adiós, East Side

Uno más entre los desconocidos que jamás se volverán a ver. No se ve la misma persona dos veces en el río del S-Bahn en Berlín. Tantas caras de inmigrantes en un segundo como centelleos fríos de publicidades. Berlín es una lectura de fuego en los últimos días de invierno; se ojea como la llama lee la madera. Pensaba en esto, que mi abuela llamaría precisamente "pendejadas", cuando una chica decía cosas en alemán, desde la puerta del S-Bahn. Entendí que tenía que bajarme y pronto. "Schnell, schnell", decía. El conductor del S-Bahn agradeció —por altavoz—, a la chica por su cortés advertencia. "¡Estabas atrasando el cronograma de viaje de miles de alemanes!", decía muerta de la risa. La ruta llegaba hasta ahí y luego tomaba otro rumbo desconocido para mí. Después, nos subimos en el mismo vagón y me senté a su lado. Ella tenía los ojos azul lapislázuli, un gorro rojo y un sobretodo beige. No hablamos hasta que nos bajamos. "Wo ist die Berliner Mauer?", pregunté. "Está frente a usted", dijo. "Ach so", respondí. Estas dos palabras "ach so" me han salvado la vida social en Deutschland. Es como decir "vea, pues". Dices "ach so" y la persona espera que termines de hincar el diente en el noumenon para continuar la conversación. A veces la cavilación es tan larga que ahí termina la vida social. "¿En serio?", dije. "Sí, es el nuevo Muro", dijo. Se fue y me dejó su broma —pesada y sin construir— frente al Berliner Mauer.

Berliner Mauer

Dudé porque lo que estaba frente a mí era una esquina con un delgado muro pintado. Era apenas el comienzo y un mal ángulo de percepción mío. No sé en cuántas fotos salí, en cuántos muros de Facebook saldré como el desconocido que nadie quiere en una foto, mientras caminaba por Berliner Mauer. Es muy difícil esquivar las fotos como también no ayudar a tomarlas. Para muchos el Muro de Berlín fue una tragedia terrible, para otros es un sitio turístico de obligada visita, algunos juntan las dos opciones y reflexionan mientras pasean; para mí es una gran pregunta: ¿cuándo empezaremos en Colombia a hacer los monumentos de nuestras tragedias? ¿Por qué no recordarlas como lo hace Deutschland? ¿Por qué insistimos en que no pasó nada, o peor aún, que no pasa nada?

Vi a alguien intentando saltar el Muro, tratando de mirar cómo pudo haber sido la angustia de que tus familiares, tu novia, tu amigo, tu salvación esté al otro lado. Aquella ridícula acción dejó preocupado al pequeño grupo que se había formado, tanto por la salud mental de la persona que saltaba como por lo que había pasado el 13 de agosto de 1961. El Berliner Mauer separó la República Federal Alemana y la República Democrática Alemana.

El bloque oriental — Deutsche Demokratische Republik —, dominado por los soviéticos, argumentaba que el Muro fue levantado para proteger a su población de fascistas que conspiraban para evitar la voluntad popular de construir un estado socialista en Alemania del Este. Sin embargo, el Muro sirvió también para impedir la emigración masiva que marcó a Alemania del Este y al bloque comunista durante el posterior período a la Segunda Guerra Mundial. Muchas personas murieron tratando de saltar el Muro... "Sí, es el nuevo Muro", recordaba a la chica de ojos azul lapislázuli y me preguntaba qué quería decirme. ¿Cuántos Muros habrán en el mundo aún sin construir?, pensaba. ¿Qué son entonces el racismo, la homofobia, el capitalismo, las fronteras?

Berliner Mauer

El Denkmal für die ermordeten Juden Europas me quitó el sabor de la Döner. El Memorial a los Judíos Asesinados en Europa, o el Memorial del Holocausto, es un monumento diseñado por el arquitecto norteamericano de origen judío Peter Eisenman. Se trata de una cuadrícula formada por 2.711 bloques de hormigón de diferentes alturas, que permite a los visitantes elegir su camino de entrada y salida. No importa cuál dirección elijas, igual vas a empezar a bajar y a encontrarte desaparecido. Opresión, claustrofobia, desorientación: caos dentro de un orden geométrico. Es una cuadrícula que cuestiona las estructuras rígidas, de cómo se tuercen los bloques de hormigón en esa inquebrantable superficie. Puedes chocar con muchas personas, puesto que no ves quién viene a los lados. El piso es ondulado, inclinado, lo que me produjo inestabilidad, la misma que se siente debajo del mar. Creí ver a la chica del S-Bahn, su gorro rojo. La perseguí, quería que me dijera por qué decía eso del "Nuevo Muro", pero no lo logré, a lo mejor no era ella, quizá se había despedido del East Side hace mucho tiempo.

Hay algo que reconozco propio en mi gusto culinario. Si veo carne dando vueltas entorno al fuego, voy por ella. Antes de visitar Denkmal für die ermordeten Juden Europas quería comer, y el Döner era mi objetivo inminente. El local anunciaba que "Era la mejor Döner en todo Berlín", y no se equivocaba. Pan Pita relleno de pollo asado y cortado en tiras finas —según el pulso del cocinero—, acompañado por verduras sazonadas y una salsa de ajo, salsa de crema agria y yogurt picante. Jamás pensé que el yogurt pudiera ser el acompañante ideal de una salsa con yerbas y picante. ¡Pero lo es! Agradezco a Kadir Nurman, un turco que emigró a Alemania Occidental, por crear tremendo plato en 1972 (según la Asociación Turca de Manipuladores de Döner). A pesar de que Kadir Nurman no estuvo de acuerdo con la cantidad de productos que se le añadieron a su receta (su Döner sólo tenía Pan, ternera, cebolla y lechuga), debo decir que no lo hicieron para mal, al contrario enriquecieron, Herr Nurman, aquella idea ¡ach so, maravillosa! Gracias a él Berlín huele a Döner.

Denkmal für die ermordeten Juden

Notas culturales de un colombiano en Alemania: Episodio 7
4 de abril de 2014 - ¡No pensé en encontrarme con los hermanos Grimm en Bremen!

El viaje había empezado con un conductor de bus tan amable y bello que me sentí incómodo y paranoico. Además el bus era Mercedes Benz. Tanta felicidad y lujo me causó sospechas. Estaba esperando que el microfonista apareciera y una luz del escenario fallara. Estaba acostumbrado a sentarme y a esperar que el chofer pusiera la música (siempre un riesgo latente), y comenzara los cambios del verde que da la hoja de plátano en los paisajes de Colombia. Él, un viejito de bigote blanco y pulcro, tomó un micrófono y comenzó a rapear (Sí, el bus tenía micrófono con parlantes incorporados quién sabe dónde). Hablaba del buen clima, de los parques eólicos y lo linda que es Bremen. "Lástima", dijo, "que tuviera que devolverse otra vez. Era su trabajo." La gente se rió y estuvieron a punto de aplaudirlo. No entendí el humor alemán. Lo que sí había comprobado es que el sol nos cambia a todos. En los pronósticos del clima deberían intuir también el

estado de ánimo. Sería un tanto más acertado y convincente que el horóscopo: "No teman. Mañana habrá sol, brisa y felicidad".

Molino de Flores de Bremen

Más que los molinos y los bosques mudos, donde hubieran podido filmar muchas historias de terror, incluso al medio día, me atrajo del trayecto Hamburg-Bremen, las torres eólicas y las casas de los campesinos que tienen en sus techos módulos solares. Las torres eólicas parecían espantapájaros despedidos de su antiguo trabajo, esperando que llegue el viento para comenzar su jornada laboral. Y cuando empiezan lo hacen en una coreografía que a pesar de la monotonía siempre es nueva. El norte de Alemania es pionero en el uso de fuentes renovables de energía como la eólica. Ésta genera electricidad a través de la fuerza del viento, mediante la utilización de la energía cinética producida por efecto de las corrientes de aire. Es una fuente de energía limpia e infinita, que merma la emisión de gases de efecto invernadero. Los módulos solares brillaban encima de las casas de madera de los campesinos y quitaban protagonismo a los solarizados cultivos de maíz y a uno que otro brillo de vaca. Un panel solar (o módulo solar) aprovecha la energía de la radiación solar. Es también otra energía renovable. Éstos, en mi viaje, parecían pizarras mojadas puestas a secar.

Bremen Hauptbahnhof

Nadie elige su pasajero, como ocurre con muchas otras cosas en la vida. En mi caso, mi compañero era alguien inquieto: intentó conectarse al internet del bus, no pudo, durmió, leyó (con efervescencia), actúo (un monólogo intraducible e inexpresable) y se quedó dormido en mi hombro. Todo esto en tres horas. Mi mamá, que le sacaría el nombre a un árbol si uno la deja sola con él, acertó al decirque estos tiempos (de audífonos para arriba) nadie se comunica con su entorno ni siquiera con su vecino.

Lo intenté, pero terminó como terminan todas mis conversaciones en alemán. Después de haber pasado por las preguntas simples y de siempre (Cómo estás, de dónde eres, conoces Bremen, bla bla bla) llegó algo más que no entendí y lo resolví con un "ach, so". Estas dos palabras "ach, so" me han salvado la vida social en Alemania. Es como decir "vea, pues". Dices "ach, so" y la persona espera que termines de hincar el diente en el noumenon para continuar la conversación. A veces la cavilación es tan larga que ahí termina la vida social.

Bremer Marktplatz

No recuerdo cuándo fue la primera vez que vi los hermanos Grimm, pero puedo asegurar que fue un domingo. Aquella niña campesina que saltaba en hongos que luego eran señoras y volaba encima de duendes alimentando conejos tenía esa incertidumbre y fantasía que es despertar un domingo en Cali con la rumba acuestas. Pero no se me va a olvidar jamás el haberme encontrado en Bremen con una obra de los hermanos Grimm: Die Bremer Stadtmusikanten.

¿A quién, sino a ellos, se le hubiera ocurrido la idea de poner un perro encima de un burro, un gato encima del perro y un gallo encima del gato en una acrobacia suprema? Die Bremer Stadtmusikanten (Los músicos de Bremen) es la historia de estos cuatro animales. Sus dueños decidieron que ya no servían para nada (el amo del burro, al ver la vejez del animal y el hambre que había en la familia, decidió comérselo. Al perro el patrón lo quiso matar con la escopeta. Al gato, como no le servían sus dientes y no cazaba ratones, pensaban ahogarlo en el río.Al gallo lo iban a echar al caldo por la visita del domingo). En una fatal y evidente conclusión, huyen de la muerte. Cada uno se va agrupando en el camino con la idea de hacer una banda (ocurrencia del burro) para tocar en Bremen. En el camino, mientras descansan y se quejan del hambre y de lo lejos que están de Bremen, el gallo ve una luz a lo lejos: es la casa donde se están quedando unos ladrones. La banda espanta a los bandidos formando una figura innombrable con sus cuerpos, al treparse en la espalda de cada uno, mientras todos hacen los sonidos propios de su especie.

Die Bremer Stadtmusikanten

Cuando observé a la distancia la estatua, hecha de bronce por Gerhard Marks, parecida a lo que vi de niño, me acerqué y no era el único. Lo primero que vi fueron las patas gastadas del burro: brillaban. Mi explicación pedida en mi cabeza, llegó pronto, como si se hubiera evaporado y alguien la hubiera visto: "las personas vienen y tocan las patas del burro. Es para la buena suerte", decía una señora sin dudar ni un solo momento de lo que estaba diciendo. Nadie de aquel grupo se acercó a la estatua a tocarle las patas al burro. Yo, sin que nadie me viera, lo hice. En el cuento, en realidad, no sabemos si la banda llega a Bremen. Pero eso no importa, eso lo puede completar uno mientras camina por la Ciudad Libre Hanseática. Entre la Marktplatz y el río Weser se despliega la Böttcherstrasse, donde (como si fuera un cuento de los hermanos Grimm) hay una joyería al lado de una dulcería. Se pueden ver los orfebres trabajando el oro y los artesanos del azúcar moldeando los colores. La calle olía a un dulce metal. En Schnoor, el barrio más antiguo de la ciudad, habrán caminado el burro, el perro, el gato y el gallo mirando la casa más pequeña de la ciudad, tratando de alquilar un cuarto en un hotel con una sola habitación. Y allí habrán pensado en que el sol, el viento y los viajes, huyendo de lo que sea, incluso de la muerte, sin llegar al punto donde se pensaba estar, son la energía que no nos manda factura.

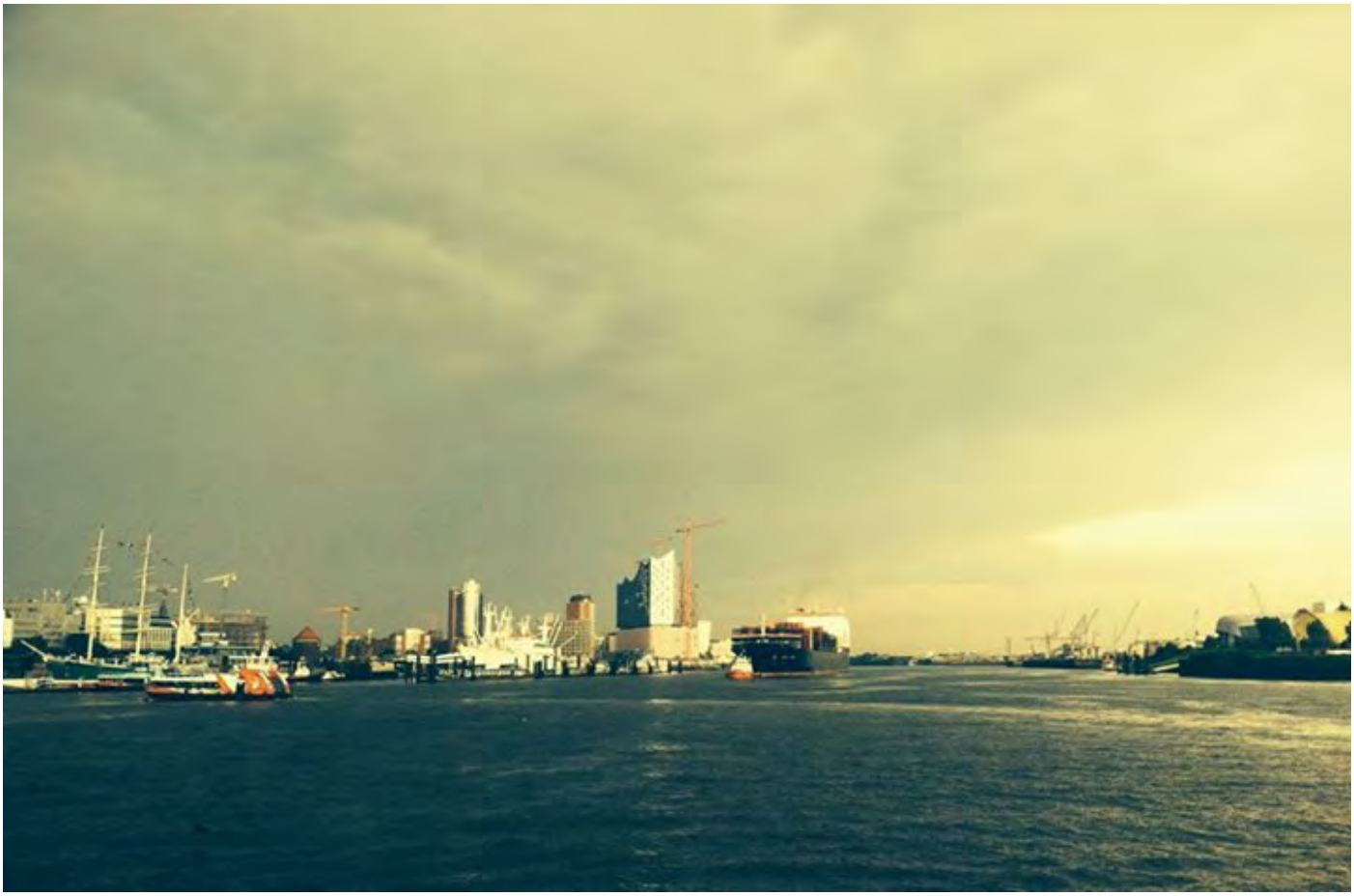
Notas culturales de un colombiano en Alemania:
Episodio 8 – "El mar llegará pronto: ¡vuelvan!"

Ocurrió cuando era necesario buscar trabajo, ¡aguzarse! No encontré empleo,como tampoco hallé el mar en las playas de Cuxhaven, pero sí un televisor y el calendario completo del Mundial Brasil 2014.

La playa del Elba en Hamburg-Alemania

El señor Borowski se quedó callado después de contarme sobre su primer trabajo en Canadá, como si la pasión prendiera en su garganta la vegetación del trópico. Me miraba y parecía reconocer en mi sonrisa la inocencia con la que se empieza una vida lejos de casa. Ambos nos veíamos nítidos en la opacidad de su nuevo televisor HD, pantalla plana, 30 pulgadas. Recordó no sólo sus primeros días como pintor — It is really difficult clean up your hands after you had been painting, decía, sintiendo en cada palabra inglesa su pasado—, sino lo buena que había sido la familia canadiense que le arrendó el cuarto. Al año no le volvieron a cobrar la renta, y ya celebraba con ellos las navidades. Borowski nunca me habló de sufamilia, tampoco en sus fotos colgadas por todo el cuarto del ancianato aparecían indicios de ella. Ni hijos ni nietos, ni abuelos ni padres. Lo más parecido al hogar era Canadá. Cuando hablaba de Toronto el aspecto del mundo se hacía soportable para él, parecía ser que sin ese afecto el mundo volvería a ser número y línea.

Cuando el Sr. Borowski decidió no darnos el trabajo, supe que realmente lo que él quería y necesitaba, era compañía, y no dos simples ayudantes. Nos conocimos porque Marina y yo colgamos anuncios en la portería del edificio ofreciendo nuestra ayuda para cargar el mercado, limpiar la casa, o lo que fuera. El edificio, además de ser una residencia estudiantil, también es un ancianato. Con el tiempo he llegado a comparar el caminar de los estudiantes y los viejos, ambos parecieran tener la consciencia de un pensamiento amenazador o la incertidumbre hecha flor detrás de sus orejas, hermosa. El anuncio no dio un brinco.



Elbe Philharmonic Hall

Marina y yo esperamos. Mientras tanto pensábamos en la idea de cuidar perros. Era un negocio relativamente fácil y con los caninos no se necesita hablar en alemán. Así fue que apareció Borowski con sus interminables gafas de sol, morral en la espalda —como un eterno estudiante— y su chaqueta impermeable amarilla. Un señor alto, barrigón y espaldón, todo un exboxeador. Lo primero que le dije a Marina cuando le conté que teníamos nuestra primera entrevista de trabajo, fue que un exboxeador iba a ser nuestro jefe. Sentí en la mirada de Borowski eso que dicen de las estrellas: "necesitan de la oscuridad para brillar". Aclaro que era la felicidad de un empleo lo que me hacía hablar así.

En la entrevista de trabajo, tomando Apfelsaft (jugo de manzana), Borowski nos dijo que había una posibilidad de que lo tuvieran que intervenir una vez más por un problema en la próstata y que quizá iba a necesitar ayuda. "Espero que no", le dije. "Me refiero a que no deseo que lo operen", corregí. "Tengo una mujer cubana limpiando la casa. No estoy muy seguro de que quiera seguir con ella. Viene en las tardes: miércoles y jueves", dijo. "No, no, no queremos quitarle el trabajo a alguien", dijimos casi al tiempo, Marina y yo, cada uno a su manera. "Es mi decisión", dijo. "¿A ustedes les sirve ese televisor?", nos preguntó. Señaló un televisor viejo. "El control remoto se dañó y es muy difícil estar parándome a cambiar el canal", dijo. "Claro, ¡nos sirve para aprender alemán!", dijo Marina. Nos bajamos el televisor aquella noche y a los dos días nos dijo que la cubana seguiría trabajando con él.

Marina había desarrollado técnicas para estudiar alemán: ver televisión y jugar bingo en el salón comunal con las viejitas del edificio. Gracias a este efectivo sistema pedagógico tenemos en la cabeza los pronósticos meteorológicos y los números. Zum Beispiel: bedeckt, wolkig, Regenschauer (por ejemplo: encapotado, nublado, lluvioso). Éstas son palabras que escuchamos diariamente en la sección del clima. Los números, claro está, han tomado forma gracias a la voz pasible y armónica de las abuelas que cantan la tabla. ¿Quién quiere ganarle a una de ellas? ¿Quién quiere saltar de la emoción gritando b-i-n-g-o? Tímido, trato siempre de ocultarme si ya tengo la tabla lista, porque no me parece bien ganar a esa hora, en ese lugar y con ellas. Cada partida o tabla cuesta 1 Euro. Y con ese dinero ellas compran los premios: tacitas de té, pañoletas, licores a base de hue-

vo, chocolates. ¿Cómo pensar en ganar? Para ellas una victoria podría ser el medicamento más eficaz, pero para mí sería solamente buena suerte.

Er ist ganz fertig! alcanzo a escuchar y a traducir en mi mente: ¡ya terminó! Es la señora Löer, la del 602. Así la llama el señor Borowski. Ella aplaude de la dicha y yo le digo que me siento mal, que compartamos el premio: un licor de huevo y unas servilletas. "No", me dice, "aprovecha tu suerte, joven". Es una mujer delgada, elegante y sonriente, que según el señor Löer, solo baja a jugarbingo. "Es una señora de 90 años muy sola", recalca Borowski, "so lonely".

Playa de Cuxhaven en Hamburg. Un paisaje idílico: fango y mucho por caminar. La marea está tan baja que no hay ni rastro del agua. El horario de las mareas está en carteles como el evento más importante del año. Hay quienes atraviesan caminando hasta la vecina isla de Neuwerk. Otros, como yo, esperamos, en vano, el mar.

La última vez que vi al señor Borowski fue para darle las gracias por dejarme debajo de la puerta el calendario del Mundial Brasil 2014. Aquella vez habíamos quedado en vernos en el bingo, pero él no fue. Entonces subí a visitarlo. Me dijo que ya había tenido suficiente suerte en la vida. En aquella oportunidad le ayudé a recoger el control remoto de su nuevo televisor HD y vi que tenía una foto, caída u olvidada, en la playa de Cuxhaven. Estaba él, "so lonely", en ese extenso campo de arena donde el horizonte son personas caminando que se divisan como faros fundidos. Hablamos de lo extraño de una playa sin mar, de lo lejano e imposible que se veía el océano. Le pregunté si en ese tiempo cobraban la entrada a la playa. Me dijo que no. Le conté que ahora cobran 3 euros y hay un megáfono que dice seriamente, después de las 6 de la tarde: "el mar llegará pronto: ¡vuelvan!". Esa despedida fue un poco extraña, parecía como si él estuviera cada vez más cerca del mar. Borowski me estaba iniciando en el arte de adivinar y callar: no querer saberlo todo. Debo visitar al viejo Borowski pronto.

Notas culturales de un colombiano en Alemania:
Episodio 9 – "Equilibrio"

Los vecinos del sector del lago no nos dieron la dirección correcta para llegar a Öjendorfer See. Muchos incluso negaban la posibilidad de que en su vecindario existiera un lago. Practicando una especie de karaoke con las frases y con la superstición de mis tías dije: "debe ser que alguno se va a ahogar". Y sí, la superstición conserva su poder incluso cuando no creemos en ella. Estuvimos orbitando el lago, tomando el mismo bus para ir y volver, comiéndonos la merienda del paseo sin estar en el paseo. Como un tropel de actores itinerantes ataviados para hacer Hamlet, salimos en busca de lagos, porque según nos advirtieron, ese sol que circulaba por aquellos días era raro y no duraría mucho en Hamburg.

Boberger See

Tuvimos que adivinar quiénes de los caminantes tenía cara de saber o pinta de ir hacia allá. La adivinanza llegó a su fin con un ejecutivo en bicicleta plegable. Mientras se quitaba los audífonos dijo que teníamos que atravesar un pequeño tramo verde, luego un puente y allí iba a estar Öjendorfer See. Él no agregó que nos íbamos a topar con un hombre tímido y solo, sentado en una banca en medio del tramo verde (realmente un bosquecito), como si el hecho de permanecer ahí pudiese lograr de algún modo que alguien viniera a buscarlo. El hombre nos miró y parecía que sus ojos habían violado el recinto de un animal terrible. Disimuladamente comenzamos a trotar.

Nadie pensaría, y tal vez sea esta la razón por la que ninguno de los vecinos conoce Öjendorfer See, que después de un puente peatonal inmenso que cruza una de las avenidas principales de llegada o salida de la ciudad hanseática, hubiese un lago, un lago con una advertencia gigante: además de que no se puede nadar por fuera del límite permitido, decía que hay bichos que luego de 10 días mueren en la piel.

Tuve una revelación en la mitad de un lago: ¡NO SÉ NADAR! Sin duda alguna, no sé "defenderme en el agua" y el nadado de perrito tiene sus consumaciones. Por naturaleza voy hacia el fondo en apnea libre. "Mi nivel de flotación es negativo", yo le decía a la amiga de una amiga que sostenía a su niño en el Boberger See, otro de los lagos a los que acudimos con ansias locas, por miedo a que se nos fuera ir tan rápido el verano. El letrero de advertencias era más pequeño, pero todavía así seguían amenazando los bichos. Miraba fijo a los ojos de la amiga de mi amiga, no quería desviar mi mirada, bajarla. La había conocido la noche anterior en una cena y de golpe se aparece en topless al día siguiente. Levanté mi mirada. Exclamé un "¡qué lugar tan bonito, so nett"! Luego, después de un paneo por el lago, volví mi mirada hacia la playa y me di cuenta que estaba en una zona topless. ¡Hamburg en topless!

El problema es que nadie acepta que uno no sepa nadar (esté en topless o no), por suerte aprendí a andar en bicicleta. Se lo toman en serio (¡es un problema para la evolución!) y pese a cualquier circunstancia, te enseñan. El hijo de mi amiga, con justa razón, no se sentía seguro en mis brazos —a pesar de que él tenía

flotador—, lloraba, berriaba, chillaba mientras ella flotaba y me decía: Das ist einfach, E-I-N-F-A-C-H (¡sencillo!). Du musst eine Balance zu finden ("Tienes que encontrar el balance") ¿Encontrar el balance? ¿Cómo se enseña eso? El equilibrio está, le dije, en no meterme al agua. Con valentía ella le quitó los flotadores a su hijo. Él flotaba de espalda, pecho arriba, de lado, y si se hubiera animado, podría aplaudir con los pies.

Boberger See

La primera pareja viene del agua, dicen los mitos indígenas de la cultura muisca: una mujer sale de una laguna con un niño en la mano. El niño crece, cohabitan y crían a los primeros hombres. Después, convertidos en serpientes, vuelven a la laguna. Encantado por los movimientos del niño-serpiente sin flotador recordaba mi ahogo y pude sentir otra vez las barcas de telaraña que me llevaban.

Pensaba contarle a la madre del niño la historia de cómo me estaba ahogando en Naturbad Stadtparksee, siguiendo el temor del último sol en Hamburg. Pero el niño empezó a tener frío y salieron del lago, seguros de que volverían, como dice el mito muisca, como serpientes. Entonces recreé la escena solo, como quien intenta saber dónde estuvo el error para no repetirlo. Confiado en que había tantos niños en la mitad del Naturbad Stadtparksee comencé a nadar, sospechando que ya no estaba tocando las algas con mis pies, algo positivo en mi actividad, puesto que tocar algas con los pies no me genera tranquilidad. Todo el tiempo pensaba que en el mar no me meto por miedo a las olas. ¿Pero qué olas pueden haber en un lago? ¡Las que generan los niños mientras juegan! Una olita entró por mi nariz y comencé a ahogarme, como quien toma un vaso de agua justo en el momento de un chiste buenísimo. Mis acompañantes vieron mis gestos nada anodinos y me rescataron. Miré hacia los lados para ver alguna reacción de los bañistas, pero nada. Eso me tranquilizó, qué pereza el show de un ahogado en el verano más lindo que ha tenido Hamburg.

Finalmente sobreviví a los lagos, pero no a los bichos. Muchos están muriendo en mi brazo izquierdo al unísono con las hojas de los árboles que ya comienzan a caerse. Fin del verano y de los lagos. El sonido de estornudo reaparece con la lluvia. Pero todavía insiste el calor de las picaduras en mi cuerpo y la pregunta por el equilibrio.

Eichbaumsee, Badestelle Nord

Boberger See

Notas culturales de un colombiano en Alemania
Episodio 10 Final: "He descubierto la pólvora"

Sonaba Galy Galeano en un bar que flotaba junto al muelle en el que estaba en Hamburg. Había tomado el U3 en dirección a Landungsbrücken para luego subirme al Fähre. Como un sonámbulo descubriendo una casa ajena, me bajé en Altona. Entré al bar y saludé eufórico, sin darme cuenta, en español. Lo familiar y la nostalgia están en la melodía más incómoda y vergonzosa. Me sentía como un órgano implantado, cantando casi a gritos y de memoria "¡Cuando te perdí sentí un dolor!". La mujer que atendía el bar me contestó en español, pero preguntó en alemán qué quería tomar. Astra, le respondí. Ich hätte gerne ein Astra, bitte. "Galy Galeano", continué diciendo con un suspiro sospechoso, prestado. Er ist Darío Gómez, respondió resignada dándome la cerveza, como quien ha tolerado muchas confusiones sobre su ídolo. Tomé asiento y vi fotos de marineros, todos parecidos a Franz Kafka y uno que otro a Paul Celan. "¿De dónde eres?", me preguntó. "De la tierra de Darío Gómez", dije. Y le subió más el volumen al equipo de sonido. "Te equivocas y ahora sobreviviré, vuelvo a vivir", cantaba Darío frente a las aguas del Elbe, y las grúas del puerto parecían atentas y afectadas por su lírica. La tarde también se estremeció y murió.

Landungsbrücken

Nina y yo hablábamos de los 16 años que ella ha vivido en Hamburg. Ella se vino de Puerto Rico porque un alemán llegó a su barrio Bahomamey buscando una buena mujer. Ahora él está muy enfermo y ella atiende el bar en donde solían trabajar los dos. Aprendió el idioma germano viendo televisión.

- Afiné el oído, luego hablé, sentenció Nina.
- Was machst du in Hamburg?, preguntó.
- Estoy haciendo un Doctorado, dije. Y ella empezó a hablarme de un problema que tenía su prima allá en Puertorro.
- Manchas en los codos y en las rodillas ¿No sabe a qué se debe, Doc?, me preguntó.
- Estoy haciendo un Doctorado en Literatura, contesté apenado. Fue como si hubiera pasado la Madre Monte.
- Bueno, Doc, en todo caso, nadie en el barrio sabe a qué se deben esas manchas.

Antes de irme miré a dos sordomudos en un bote, ignorando absolutamente a Darío Gómez.

- Ellos son de diferentes países, uno es boliviano y el otro holandés, y les tocó aprender las señas alemanas para poder comunicarse, dijo Nina.

Parecía que estábamos hablando de muchas cosas, como si estuviéramos sin timón y en el delirio, pero en realidad manteníamos tenso un hilo de finas membranas: la migración, qué significa ocupar un lugar, un idioma. Cual pitonisa, Nina terminó nuestra charla:

- El viaje es hacia ti mismo, piérdete ahí y goza.

Me dejó mal su clarividente frase. Luego soltó la papa caliente:

- Pero „Pana", por más muelles que contruyas, el mar no se va a limitar.

De regreso a Schlump trataba de imaginarme a ese alemán que viajó a Puerto Rico a buscar una buena mujer. Son muchas las razones para emprender un viaje, pero muy pocas y difíciles para comenzar el viaje al fin de uno mismo. ¿Qué hay ahí? Un ego construido por las voces de nuestrospadres, de los locutores y de los profesores. A ese ego no lo enreda niel duende y ahí es donde está la cabeza del Caballo de Troya que avanza sobrenuestras ventanas. Es difícil bajar el ego al piso y liberarse de los apegos. Pero es una buena manera de comenzar el viaje, de construir muelles a pesar de que el mar no se va a limitar. Es decir, tratando de hacer un esfuerzo por comprender el haiku de Nina, no importa el lugar al que viajas, el problema que vas a tener es con tus complejos y tus vergüenzas. Sos vos frente al mundo y no el mundo frente a vos. Puedes estar en China, Rusia o Marruecos, pero siempre serás vos y tus conflictos los que van a interactuar con un contexto dado. Sé que esto suena muy mal, pero en algún momento de este primer año en Alemania me ayudó.

Pero volvamos a lo concreto: a Darío Gómez.

Grúas del puerto de Hamburg

Muelle de la playa del Elbe

Que Darío Gómez me esté hablando desde Hamburg ya es mucho. Me desequilibra, pero no tanto como encontrarme con un cuarteto de Jazz en el U-bahn. Los vagones de los trenes son estrechos. Pero el cuarteto estaba fino, como un aguja; cabían donde querían. Pensé que era una sorpresa o, incluso peor, que al final de la canción iban a cobrar. Igual, les hubiera dado todo lo que tenía. Pero no, yo estaba en medio del Jazztrain. Das gibt es nur in Hamburg: ein Festival auf Gleisen. Un evento que sólo se da en Hamburg cada año desde el 2012, sobre la histórica Ringlinie, la línea de tren elevada de la ciudad hanseática. Estaba sospechosamente feliz aquel día. En serio, les digo. Sentía que si miraba para abajo, como las caricaturas que siguen corriendo después de que la cima se termina, me iba a ir hacia el abismo, hacia el desierto de la realidad. Aquel cuarteto se estaba burlando de la vida, comprendía su finitud y se la devoraba sin culpa, cogiéndole el codo a los dioses y la cola al diablo.

Tengo 26 años y hace uno que estoy en Hamburg. Poco me ha rodeado desde que llegué. La residencia estudiantil estaba limpia, vacía e incomprensible. Hoy se ha llenado con un sofá usado, un televisor regalado, una mesa de segunda mano y una cama gebraucht. La estación Schlump y la línea de tren U3 han sido esos lugares recurrentes a los que he asistido este año para aprender a vivir en otra edad, para tener conciencia de los cuartos aislados que voy dejando con la luz prendida a medida que avanzo: Cali, Bogotá, Hamburg.

Jazztrain

Muchas de mis notas pudieron haber sido descripciones melosas del apartamento, de cómo fueron creciendo los tomates sembrados por Marina en el antejardín. Historias de trasteos con rusos o turcos al volante, relatos de objetos usados, del inmenso galpón de prendas de segunda mano y su mánager, un pirata con su loro tatuado bajo la sombra del gran hombre sin cabeza que caminó en el Hafen. Pero siempre consideré que afuera estaría algo mejor para escribir, y lo hubo. Hoy escribo esta Nota, la última, desde Heath, M.A., en el mismo lugar, en el mismo otoño de hace un año, como si estuviera cerrando un círculo o, más bien, llegando al punto de retorno de una espiral. Cuando venía para los Estados Estados Unidos, desde Alemania, me vi una película que me volvió loco: Wolverine, el inmortal. Ésta parece sintetizar mi año en Alemania. Como sabemos, Wolverine es un dios, no se muere, es inmortal, pero un bendito mosquito en su corazón —que se lo inyecta su enemigo— lo hace humano, caducable. El tipo que escribió esto tuvo un momento de lucidez inigualable. Aquello que te hace mortal es lo que te sopla el corazón, aquello que te inyecta tu enemigo. He descubierto la pólvora.

Gracias por venir, quienquiera que seas tú, querido lector.